



El relato folclórico del ánima del cura y la misa no celebrada en vida

Versiones comparadas del dominio de Oïl

Joan Mahiques Climent

Abstract. – This article provides a table of twenty-four variants of a folktale that agree on the fact that present an unanticipated encounter between the ghost of the priest and the visionary, in a church or chapel, with a mass of the other world. Although from a geographical point of view all the stories refer to the branch of Oïl languages and to the states of the France, Belgium or Canada, most of them are also inserted in the culture of other language communities, such as Breton or Occitan. [*France, Belgium, Canada, ethnography, purgatory, apparitions, mass, negligence, acolyte*]

Joan Mahiques Climent, licenciado en las Filologías Catalana e Hispánica por la Universitat de Barcelona, donde se ha doctorado en 2009. – Desde 2010 y durante dos años ha completado su formación en el Institut National d’Histoire de l’Art, de París, y actualmente es profesor de Filología Románica en la Universitat de Barcelona. – Una de sus líneas de investigación preferentes se refiere al estudio histórico, cultural y literario de las apariciones de difuntos y las representaciones de ultratumba, especialmente en el ámbito geográfico de la antigua Corona de Aragón, y atendiendo de manera más particular al análisis de fuentes manuscritas o impresas de origen catalán, algunas de ellas inéditas o desconocidas. Véase la bibliografía.

Introducción

Dentro del conjunto de relatos folclóricos de aparecidos circunscritos a diferentes zonas monolingües o plurilingües del área galo-románica destaca la historia tantas veces reiterada del cura difunto condenado a volver a una determinada iglesia u a otro lugar con la intención de decir una misa cobrada y no celebrada en vida. La condena se cumple casi siem-

pre cuando un cristiano viviente hace de acólito o simplemente está presente en la misa de ultratumba y responde de manera oportuna a las palabras del cura. El propósito de este artículo es ofrecer, a través de una tabla, un muestrario ordenado de diversos testimonios que responden a las variantes más típicas del relato al que nos estamos refiriendo, tomando como ámbito de análisis los lugares en los que se hablan las diferentes lenguas de Oïl, aunque incluimos algunas muestras que se han transmitido en otras modalidades lingüísticas, como suponemos que sucede en el conjunto de las narraciones que forman parte del folclore bretón. Por otra parte, hemos incorporado algunos ejemplos oitánicos que geográficamente pertenecen a la Romania Nueva: es el caso de algunas versiones canadienses y francófonas que añadimos a nuestro estudio. Aparte de los criterios lingüísticos y geográficos que acabamos de establecer, los elementos esenciales para limitar y ordenar nuestro corpus se fundamentan básicamente en la distinción de diversos motivos temáticos y su distribución y significación en la trama argumental del relato. Todas las versiones que estudiaremos en este artículo contextualizan el momento de la aparición y de la misa dentro del templo. Solamente una de ellas se produce de día, a diferencia de todas las demás, que sitúan la medianoche como el momento crucial para marcar el inicio de la visión de ultratumba.

Como tendremos ocasión de ver más adelante con cierto detalle, unas veces los visionarios per-

noctan dentro de una iglesia, consciente o inconscientemente; otras, perciben el prodigio desde fuera del recinto sagrado a través de una insólita e intempestiva iluminación, o simplemente acuden a deshora a la iglesia al escuchar unas campanadas, creyendo que se trata de un anuncio inminente de la celebración cotidiana del oficio divino. Todas estas situaciones concuerdan en el hecho de presentar a un visionario que, inicialmente, desconoce el prodigio de la misa – truncada si no hay respuesta o, en caso contrario, plenamente realizada – que está a punto de acontecer. Podríamos decir que, en apariencia, la misa compartida por el cura ya difunto y el asistente todavía vivo es fruto de la mera casualidad, ya que ninguno de los dos toma la iniciativa de buscar al otro: simplemente se encuentran y, entonces, cada uno actúa de acuerdo con su papel. La distinción que acabamos de establecer es una condición que se cumple en todas las versiones que analizaremos en este artículo.¹

Personajes y situaciones

Quisiéramos esbozar algunos de los rasgos fundamentales que pueden extraerse a partir del corpus representado en los veinticuatro ejemplos de la tabla de este artículo. No cabe duda que el personaje del cura es uno de los pilares más estables en la construcción de este relato, pues, a pesar de diferencias puntuales que podamos señalar de una versión a otra, suele aparecer con los mismos ornamentos sacerdotales, mostrando su rostro descarnado y horrendo, reiterando hasta tres veces la demanda de ayuda para decir la misa, casi siempre con las mismas palabras. Y una vez acabada la celebración del

oficio divino gracias a la ayuda de un cristiano no difunto, el cura suele confesar el motivo de su aparición. Aunque podemos suponer que casi siempre se trata de una misa negligida en vida, la falta no se especifica en una gran parte de los relatos (cf. núm. **2**, **3**, **4**, **5**, **8**, **9**, **13**, **15**, **18**, **22** y **24**).² Y tampoco faltan excepciones en las que el pecado cometido es otro directamente relacionado con las obligaciones propias del clero, como por ejemplo no llevar el viático a un moribundo o tener un comportamiento ligero y distraído en el altar (cf. núm. **16** y **23**).

Ese mismo momento en el cual el difunto aprovecha para entablar un breve diálogo con el buen cristiano que le ha respondido a la misa también nos introduce en el tema de la reversibilidad de favores, pues el cura suele aprovechar la ocasión para agradecer y premiar al asistente por la ayuda prestada. De todos modos, no pocos visionarios reciben entonces la triste noticia de su muerte no lejana, dulcificada con la buena nueva de su entrada próxima en la Gloria celestial. De hecho, tal como sentencia el último verso de una leyenda, “Un revenant est présage de mort” (núm. **6**; cf. núm. **7**, **13** y **16**). Es verdad que los curas difuntos de algunas versiones conceden otros galardones más diversos a sus acólitos, como la noticia de cincuenta años más de vida, o bien la considerable suma de 30.000 francos de oro, o bien la bendición no solo para el sujeto premiado sino también para toda su familia hasta la séptima generación (cf. núm. **2**, **14** y **20**).

De las veinticuatro historias que forman nuestro pequeño corpus, la que caracteriza de manera más atípica al personaje del cura es quizás el núm. **17**. El espectro comienza la misa e intenta beber del cáliz, pero todo es en vano. Está condenado al Infierno por el incumplimiento del voto a Nuestra Señora, más concretamente una misa. De manera reiterada intenta cumplir su promesa diciendo él mismo la misa, revestido de los ornamentos sacerdotales aunque el relato parece sugerir que en realidad sea un seglar, pues confiesa tener un hijo.

Aunque se deduce que el lugar de ultratumba que inicialmente correspondería al cura difunto es el Purgatorio, este receptáculo a penas es aludido en siete casos y no siempre en relación con su destino personal tras la muerte (cf. núm. **2**, **3**, **6**, **7**, **14**, **22** y **23**). Uno de los elementos que quizás más claramente podríamos relacionar con el culto de las ánimas del Purgatorio es la idea de la solidaridad de los vivos con los difuntos. En efecto, cuando el asis-

¹ Así pues, reseñaremos en este artículo las versiones en las que, sin que nadie sospechase previamente la existencia de ningún prodigio o misterio, en la misa se encuentran visionario y aparecido inesperadamente. Los otros casos serán estudiados en Mahiques (2015), donde abordamos el análisis de otras modalidades en las que el visionario conoce la existencia de un prodigio persistente y no resuelto que mantiene en vilo a toda una comunidad local. Este esquema responde al paradigma del héroe que debe superar una prueba para que el pueblo vuelva a vivir en paz y con toda normalidad. Si en estos casos el visionario toma la iniciativa, en otros el difunto se aparece personalmente al visionario, generalmente en su habitación o en un espacio abierto, para advertirle que debe asistir a la misa de ultratumba. Otras historias o leyendas representan algunos encuentros fortuitos del visionario con el cura difunto no ya en la iglesia o la sacristía sino en otros lugares, como los caminos. Esta pluralidad de manifestaciones nos permitiría indagar en el tema de las relaciones, confluencias y mutaciones que pueden establecerse entre el paradigma argumental del ciclo narrativo del cura difunto y otros relatos folklóricos de aparecidos.

² Como hemos hecho en esta ocasión, a partir de ahora marcaremos en negrita los números que se refieren a los veinticuatro ejemplos de la tabla descrita y reproducida en el apartado siguiente.

tente accede a responder a la misa, muchas veces se pone en relieve hasta qué punto acaba pesando, más que el temor de enfrentarse a lo desconocido, el piadoso deseo de ayudar a aquellos que, todavía manchados por el pecado, no han comparecido en presencia de Dios (cf. núm. 9 y 22). También puede percibirse de manera bastante evidente la importancia que adquiere la mediación clerical, porque, de hecho, muchas de las narraciones que reseñaremos no solamente nos hablan del cura difunto sino también del sacerdote que interpreta el *quid* de la cuestión, que aconseja al visionario que vuelva otra noche a la misa de ultratumba, y que incluso es capaz de conjurar al espíritu del difunto o cumplir con los suffragios demandados por este. Casi la mitad de los veinticuatro relatos de este corpus establecen la dicotomía entre la aparición del cura difunto y la intervención de un clérigo que en ocasiones es capaz de consultar los archivos parroquiales no solamente para describir la identidad del aparecido sino también para notificar la existencia de alguna misa pendiente de celebrarse (cf. núm. 4, 5, 7, 10, 11, 12, 13, 20, 21, 23 y 24).

La personalidad del visionario es muy diversa según la pieza que tomemos como punto de referencia. Aunque con mucha frecuencia sacristanes y chantres están involucrados en la trama argumental, nuestro corpus solamente cuenta con tres sacristanes que realmente tengan la ocasión de responder al cura difunto (cf. núm. 17, 21 y 24).³ Otros visionarios, que a pesar del miedo que pasan, reconocen explícitamente su aptitud para servir al altar de la misa, son un conde que de pequeño había sido niño del coro y un muchacho del seminario menor que en futuro llegaría a ser sacerdote jesuita (núm. 2 y 23). Todas las versiones también concuerdan en preferir que el acólito sea varón y no hembra, ya que en los dos únicos casos que una mujer acude al templo, en lugar de ayudar ella misma a la misa de ultratumba, tiene que avisar a su hijo o a su nieto para que la acompañen y hagan de monaguillos (núm. 13 y 14). En relación a estos dos últimos ejemplos, hay otra historia en la que los visionarios no son madre e hijo o abuela y nieto, sino un hombre y un niño del coro (núm. 18). En estas tres narraciones en las que interviene una persona adulta y un niño, este último desconoce inicialmente que el cura es un difunto y, aunque lo sospecha al contemplar su figura descarnada, el acompañante adulto intenta disuadirlo. Después

³ Esta breve lista se alargaría si a los veinticuatro relatos reseñados en este artículo añadiésemos otros a los que nos referiremos en Mahiques (2015), donde se analizará, por ejemplo, una interesante narración publicada primero por Sourdon (1834) y después por Bosquet (1845: 270–273), cuyos visionarios son un chantre, un sacristán y un sacerdote.



Mapa: Distribución del cuento sobre apariciones de un cura difunto.

de esta breve introducción, nos centraremos ahora en la presentación de la tabla y de la metodología que hemos seguido al confeccionarla.

Una tabla con veinticuatro versiones

Como podemos observar en el mapa anterior, la mayor parte de los testimonios reseñados en la tabla de las veinticuatro versiones del relato remiten a algunos departamentos noroccidentales de Francia que corresponden a las actuales regiones administrativas de Países del Loira (núm. 1, 11 y 20), Bretaña (núm. 3, 4, 7, 8, 9, 10, 13 y 16), Baja Normandía (núm. 15, 19 y 21) y Alta Normandía (núm. 17). Aparte de estos casos, se circunscriben a la geografía francesa una leyenda del Franco Condado, un relato localizado en la isla de Córcega y otras dos muestras de la región Auvernia (respectivamente, los núm. 14, 6, 2 y 18).

Más allá de los límites de la República Francesa, hemos localizado dos versiones valonas en Bélgica (núm. 12 y 22) y tres relatos más en el área francófona de Canadá, uno de ellos en la isla del Cabo Bretón y los otros dos en el Québec (núm. 5, 23 y 24). Continuaremos con la explicación de algunos criterios relativos a la jerarquización y exposición de los materiales incorporados en la tabla.

Aunque en las páginas precedentes ya hemos señalado muchos aspectos que ahora allanan nuestra explicación, sí que quisiéramos reincidir en el hecho

de que nuestro corpus se ciñe a unas variantes argumentales bastante definidas que nos permiten individuar sin excesivas dificultades los relatos susceptibles de ser repertoriados. Todos ellos concuerdan en el hecho de presentar un encuentro no previsto entre el cura difunto y el visionario, con la consiguiente misa de ultratumba, troncada unas veces por la inhibición del asistente y acabada otras veces por su activa colaboración. Las veinticuatro piezas que constituyen la tabla se dividen en cinco grandes grupos, de acuerdo con la siguiente casuística:

Sin sospechar el inminente prodigio de una misa de ultratumba, los visionarios ...

(núm. 1–6) pernoctan dentro del templo por propia iniciativa, o bien para evitar la inclemencia del tiempo o la noche a la intemperie, o bien para confesarse al día siguiente sin necesidad de guardar una larga cola, o bien para cumplir una penitencia tras la confesión o ante la inminencia de la muerte;

(núm. 7–13) con una devota intención entran en la iglesia poco antes de la hora de cierre, pero se duermen inconscientemente o, en todo caso, no se dan cuenta de que han cerrado las puertas con llave y, por tanto, tienen que pasar la noche dentro del templo;

(núm. 14–17) oyen a medianoche o a la una de la madrugada las campanadas y, advirtiendo explícitamente (en la mayor parte de los testimonios) la creencia de que son las campanadas de la primera misa, deciden asistir, de modo que se dirigen hacia la iglesia y la encuentran con las puertas abiertas;

(núm. 18–23) van de camino cuando está atardeciendo y, al pasar al lado de una iglesia o capilla, observan sorprendidos que está iluminada. Se acercan y miran por la ventana, si no es que acceden directamente desde la puerta al interior del recinto sagrado.

(núm. 24) Única versión sucedida de día, en que el sacristán pasa por la sacristía y la iglesia, donde encuentra al cura difunto.

Hemos intentado que este corpus sea lo más completo posible. Con este propósito hemos revisado una considerable cantidad de materiales que, sin duda, sobrepasa en número a las referencias que indicamos en el listado de la bibliografía.⁴ En este as-

⁴ Hemos excluido, por ejemplo, una narración compilada en Saint-Lormel y publicada con un título que podría desorientarnos: "La légende du prêtre qui revient dire sa messe à minuit" (Lucie de V.-H. 1905). Esta historia comparte con los núm. 17–22 de la tabla el tópico de la iglesia prodigiosamente iluminada. Sin embargo, el espectro se aparece no dentro del templo sino en el cementerio, y tampoco se identifica explícitamente con un cura difunto condenado por misas no celebradas en vida. Más bien se trata de un difunto que, al ser conjurado según las reglas clericales, pide como sufragio oraciones y una misa.

pecto advertimos que muchas de las noticias en esta ocasión eludidas serán motivo de estudio en Mahiques (2015). También somos conscientes de que es casi imposible controlar la totalidad de las fuentes galo-románicas que podrían remitirnos a la narración del cura difunto y la misa no celebrada en vida, debido a su gran popularidad y a la dispersión de las fuentes que lo relatan. Por eso, pedimos disculpas al lector por cualquier omisión en que hayamos podido incurrir, y esperamos que nuestra contribución pueda ser un estímulo para completar y, si es necesario, rectificar nuestro análisis e inventario de las veinticuatro versiones.

De las cuatro columnas que constituyen la tabla, la primera incorpora la información necesaria que facilita la identificación y clasificación de cada relato, al cual se le asigna un número. Como podrá observarse a través de la bibliografía citada, la mayor parte de las fuentes consultadas se inscriben en el ámbito de la investigación etnográfica, pero también incorporamos la referencia de algunas obras de carácter cultural o local y de índole divulgativa, o algunas reelaboraciones literarias como sucede claramente en los núm. 6 y 23, escritos en verso por Auguste Dusillet y por Pierre-Joseph-Olivier Chaveau. Las otras tres columnas corresponden a los tres bloques en los que hemos dividido el contenido narrativo de cada una de las veinticuatro piezas reseñadas. Exponemos en el siguiente recuadro los elementos más destacados de cada una de estas tres columnas:

Antes y después de las apariciones: Cuando las versiones lo indican, señalamos la fecha, el lugar y la hora del suceso, así como los ingredientes que configuran la trama inicial previa a la visión de ultratumba, poniendo especial énfasis en algunos factores como la representación del espacio o la meteorología. No eludimos la información contextual intradiegética o extradiegética, como sucede en algunas alusiones al pasado de los personajes, o también en alguna historia en la que el narrador nos indica cuánto tiempo hace que sucedió. De hecho, destacamos la presencia de algunos relatos en los que sobresale la personalidad del narrador en una escena introductoria con clara función de marco narrativo, donde se suelen indicar algunas relaciones de ascendencia o amistad que permitirían ubicar a los protagonistas de la historia en un determinado contexto local eventualmente conocido para el auditorio que la escucha. Después de la aparición, diversos casos refieren cómo el visionario explica todo lo sucedido a algún amigo, familiar o sobre todo al sacerdote, de quien suele recibir la recomendación de volver otra noche para cerciorarse de la naturaleza de la aparición o para responder a la misa.

Penitencia y apariciones del cura: Se indican cuántas apariciones se suceden a lo largo del relato en cuestión

y, si se da el caso, en qué se diferencian unas de otras. Asimismo, se describen las circunstancias más notables de la visión de ultratumba, no solamente considerando la fisionomía, la indumentaria, las acciones y las palabras del cura difunto desde que se aparece hasta que se desvanece, sino también teniendo en cuenta otros signos que forman parte del prodigio, como podrían ser algunos efectos cromáticos o acústicos, el valor simbólico de algunos objetos o componentes arquitectónicos o decorativos, o la presencia o no de asistentes difuntos a la misa. En cambio, eludimos la información relativa a las reacciones de los visionarios, que centrarán nuestra atención en la columna siguiente.

Reacciones de los visionarios ante las apariciones: En la medida en que cada narración lo refiere explícitamente, advertimos las diferentes actitudes de los visionarios y su evolución a lo largo de las apariciones que pueden sucederse en el tiempo. Unas veces, quedan aturridos al contemplar la macabra escena del cura difunto y, ante su demanda tres veces reiterada, permanecen sin responder o lo hacen tras el último intento. No siempre son conscientes de estar en medio de una escena de ultratumba, y a veces pasan la mayor parte de la misa sin apercebirse de ello. Cuando se cercioran o tienen fundadas sospechas sobre la naturaleza del caso, entonces pueden quedar amedrentados o aterrorizados, aunque no todos,

pues algunos se sobreponen a esta primera reacción, mientras que otros encajan el golpe desde el inicio hasta el final con una sorprendente y cordial valentía. A veces la experiencia de lo sobrenatural deja una impronta en la psicología del visionario (que generalmente se vuelve más serio y más triste) si no es que anticipa y anuncia su muerte próxima.

La distribución de los contenidos en columnas es un instrumento que facilita la ordenación de los materiales, permitiendo de este modo la fácil localización y comparación de un determinado motivo en diversos relatos, pero, con el fin de facilitar una correcta secuenciación de los motivos argumentales en cada uno de ellos hemos numerado sus fragmentos distribuidos en el espacio de las tres columnas. La lectura de estos fragmentos según el orden establecido por el factor numérico nos permite proyectar una representación lineal y global del relato en su conjunto, que también hemos intentado facilitar a través de unas pocas remisiones en las que se cruza la información de diferentes columnas. Pasemos ahora a la tabla propiamente dicha.

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
1. "Une messe, la nuit de Toussaint" (Charpentier 1900: 10–15; cf. Sébillot 1901;1907: 177). Contado a Charpentier por su abuela, en Vendée.	[1] Entre el 1 y el 2 de noviembre de 1804, en una noche de tempestad, un campesino se dirigía hacia la parroquia de Saint-André-Goule d'Oie para asistir al cura que diría la misa de difuntos. A mitad de camino, se refugió en las ruinas de la abadía de Chaudrion, donde consiguió dormir, hasta que lo despertó el sonido de una campana y contempló la visión de ultratumba.	[2] Los cirios se encendieron solos. Había un altar de negro a donde se dirigió el cura difunto, revestido de sus ornamentos sacerdotales, y pronunció tres veces el inicio de la misa: " <i>Introibo ad altare Dei</i> ". [4] Al escuchar la respuesta, su triste semblante se transformó de alegría. Acabada la celebración, reconoció que hacía 10 años que se aparecía cada noche en aquel lugar para celebrar una misa olvidada.	[3] En un primer momento, el campesino quedó aterrorizado y sin comprender lo que estaba viendo, pero después, recordando que había sido niño de coro en aquella misma abadía, respondió a la última de las tres veces que el cura pronunció el inicio de la misa. Le parecía estar asistiendo a la misa de un ángel y no de un simple mortal.

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
<p>2. “Le comte Robert” (Pourrat 1989: 361–363). Sor Isidorine: en el hospicio de Ambert, 13 de octubre de 1936.</p>	<p>[1] El conde Robert fue de caza un domingo con unos amigos, faltando al precepto de la misa. Al final, él se quedó solo y, debido a una tempestad, se refugió en una iglesia solitaria, donde sucedería la extraña visión. [6] Como todavía viviría 50 años, el conde decidió dedicar los primeros 25 a disfrutar y los demás a hacer penitencia, pero pasados los 25 años, pospuso reiteradamente la fecha de la conversión, hasta llegar al día de su muerte, en que no logró encontrar sacerdote que le confesase.</p>	<p>[2] Antes de la medianoche se abrió la puerta de la sacristía y salió un cura cuya figura era escuálida y descarnada como un esqueleto. Miró entorno y, al no encontrar a nadie, volvió atrás, y fue repitiendo esta maniobra varias veces, cada vez más dolido. [4] Cuando se ofreció el conde Robert, el cura confesó agradecido que hacía más de un siglo que volvía de noche a aquella iglesia sin encontrar ayuda de nadie. Y acabada la misa, preguntó a su ayudante qué recompensa deseaba.</p>	<p>[3] El conde Robert dedujo que el aparecido era una alma del Purgatorio que buscaba a alguien que le sirviese la misa y, aunque él sabía hacerlo porque de pequeño había sido niño del coro, hasta la medianoche no se decidió a ayudarlo como acólito. [5] Como premio por el servicio prestado, el conde pidió al cura que le dijese el día de su muerte, para poder hacerlo en estado de gracia: le quedaban 50 años de vida.</p>
<p>3. “La légende du prêtre qui revient dire la messe à minuit” (Sébillot 1898). Emma Rihen: en Brest.</p>	<p>[1] Al anochecer, tres borrachos pasaron al lado de una iglesia, y uno de ellos decidió entrar y quedarse a dormir. Al día siguiente, explicó a sus dos camaradas el extraño caso.</p>	<p>[2] A medianoche, se abrió la puerta, la iglesia se iluminó, entró una muchedumbre de espectros y subió al altar un cura que repitió tres veces, cada vez más dolido: “<i>Qui est-ce qui veut répondre à ma messe?</i>”. [4] Al terminar la misa, dijo que eran ánimas del Purgatorio condenadas cada medianoche a ir a aquella iglesia hasta que algún vivo respondiese a la misa. Cumplida la pena, irían a la Gloria. Entonces la puerta de la iglesia se abrió y salieron todos los espectros.</p>	<p>[3] El borracho, temeroso, solo respondió afirmativamente a la última de las tres ocasiones en que el cura reiteró la misma pregunta.</p>
<p>4. <i>Veillées bretonnes</i> (Luzel 1879: 4–10, nº II). En Lannion.</p>	<p>[1] En una velada de noviembre en la casa de Coat-Tugdual, la gente se había reunido para escuchar la historia que el viejo Gorvel contaba de un compañero suyo de trabajo llamado Ewenn Pasquiou. Hacía unos cuarenta años, en época de un gran jubileo, Gorvel y Pasquiou fueron a confesarse a la iglesia de Plouaret: había tanta afluencia de gente que Pasquiou decidió dormir dentro de la iglesia para ser el primero en confesarse por la mañana, mientras que Gorvel</p>	<p>[2] Justo a medianoche, Pasquiou vio cómo un cura se acercaba para confesarlo y, sin notar nada extraordinario, se confesó, recibió la absolución y, a instancias del confesor, le ayudó como acólito para la misa. Los cirios se iluminaron y la iglesia se llenó de gente, aunque reinaba un absoluto silencio. El cura ofició la misa, con casulla, estola y cáliz, pero totalmente descarnado y con las cuencas de los ojos vacías. Al final, aseguró que él y toda aquella gente entrarían</p>	<p>[3] Durante la misa de ultratumba, justo en el momento de la comunión, Pasquiou se dio cuenta de que estaba rodeado de difuntos, pero continuó en el servicio de la misa sin dejarse vencer por el miedo. Cuando la visión se desvaneció, se encontró confundido y aturcido, casi sin poder pensar. Se puso a dormir en un confesionario y se consoló pensando que había contribuido a salvar algunas ánimas en pena. En cambio, al día siguiente, Pasquiou estaba pálido, triste y</p>

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
(4. <i>contin.</i>)	se marchó y volvería al día siguiente. Mientras Pasquiou dormía dentro de un confesionario, un sobresalto lo desveló. [4] Después de aquella noche, al encontrarse ambos de nuevo, el visionario explicó el caso a su amigo, que a su vez le aconsejó que lo contase al sacerdote [→3]. Este confirmó su buena actuación.	en la Gloria. Hacía 100 años que volvía cada noche preparado para la misa, sin encontrar a ningún vivo que hiciese de acólito y comulgase. Después, entró en la sacristía. Los demás asistentes desaparecieron, y los cirios se apagaron.	turbado, y solamente recobraría la calma y la tranquilidad después de explicar lo sucedido a un sacerdote.
5. “La messe du revenant” (Bourgeois 1991). Charles Bourgeois (Cheticamp, 1871–1959). Transcrito por Fr. Anselme Chiasson en 1957.	[1] El caso sucedió un año después de la muerte de las personas (entre ellas el cura) que se aparecieron a Léon, sorprendidas por una tempestad de viaje hacia Albaloma, donde viven los esquimales. [2] Léon, un vagabundo, decidió ir a confesarse por haberse acostado con una monja. Como penitencia se le impuso la obligación de ir a orar a la iglesia, donde permaneció de noche. [5] Al día siguiente, informó de lo sucedido al párroco, que le hizo volver a la noche siguiente para servir la misa de ultratumba.	[3] A medianoche, la puerta de la sacristía se abrió y apareció un grupo de gente con un cura vestido para decir misa, que preguntaba: “ <i>Ici, par la grâce de Dieu, y aurait-il pas personne pour servir ma messe?</i> ”. [6] La noche siguiente a la misma hora se repitió la escena, pero con una respuesta afirmativa y la consiguiente misa. [8] Acabada la misa, el cura confesó que para que todos aquellos difuntos y él mismo entrasen en el paraíso necesitaba que alguien le ayudase a decir misa. Como premio, aseguró el cielo a Léon.	[4] Al escuchar la demanda del aparecido, Léon se desmayó de miedo en la primera noche, pero en la segunda respondería afirmativamente. [7] Después, durante el oficio divino, lo sucedido le causó tal impresión que llegó a preguntarse si estaba soñando. Al terminar la misa, entabló un diálogo con el cura difunto, con ciertas notas de ironía escabrosa, sobre todo a la hora de referir el pecado cometido con la monja.
6. “La messe du revenant. Légende franc-comtoise” (Dusillet 1860: 56–59)	[1] Casi a los cien años de edad y sintiendo cerca el momento de la muerte (tal como sucedería de hecho [→6]), el conde Gauthier de Montfêrand se retiró a un convento para meditar y aparejarse a recibir la salvación eterna. Coincidiendo con la festividad de San Clemente, se durmió prosternado en el coro, pero un ruido lo despertó justo a medianoche. Aparecido y visionario ya se conocían antes de que muriese el primero.	[2] Se abrió la losa de una tumba, de donde salió Fray Clément, con casulla, estola, alba y cáliz. Se identificó y pidió dos veces si alguien le ayudaba a decir misa. [4] El conde encendió el cirio. Se apagó solo al acabar la misa. Clément desapareció, y la losa volvió a su posición inicial. [5] Desvanecida la visión, se escuchó desde el sagrario la voz de Clément, explicando cómo se cumplían sus 20 años de Purgatorio por haber olvidado una de las cien misas que debía decir en sufragio de un pecador difunto. También predijo la muerte del conde.	[3] Ante la demanda del fraile, el conde calló primero, pero respondió afirmativamente a la segunda vez, sin dejar de conjurar al espíritu con una fórmula de discernimiento: “ <i>Si c’est d’Enfer ... qui t’envoie, / je t’appendrai qu’on ne redoute rien / Sous le pavois de mon ange gardien</i> ”. Desvanecida la visión, dudando de lo que había visto, el conde recibió nuevos signos que confirmaban que su percepción era real [→5]. [6] Clément anunció que el conde moriría aquella mañana y subiría como él a la Gloria. Como dicen los versos segundo y último: “ <i>Un revenant est présage de mort</i> ”.

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
<p>7. “La messe du revenant” (Cerny 1899: 500–503, nº IX; cf. Markale 1995: 41–45). En Plougasnou alrededor de 1880.</p>	<p>[1] Cuando la iglesia de Saint-Jean-du-Doigt dependía de la parroquia de Plougasnou y los párrocos debían viajar de un sitio a otro, emprendió el camino para administrar los sacramentos a un moribundo un joven vicario recién llegado al lugar, a finales de octubre. Cuando volvió, ya muy tarde, entró en la iglesia, se puso a orar y, después, se dio cuenta de que el sacristán había cerrado las puertas. Decidido a pasar la noche allí, entró en el coro y rezó el rosario hasta dormirse. [4] Al día siguiente, explicó lo sucedido a los demás sacerdotes, que se pusieron a reír a pesar del aplomo con que él aseguraba que no estaba loco y que todo era verdad. Ante las reservas expresadas por el rector, respondió que volvería a la iglesia aquella noche, que no dormiría y que, si no veía nada, aceptaría los reparos de sus compañeros. [7] Como tras la segunda noche el vicario reiteró el mismo relato y el rector una reprensión todavía más dura, ambos decidieron pasar la noche siguiente en la iglesia, y así el rector podría cerciorarse personalmente. [9] Tras la tercera noche, el joven vicario volvió a repetir la historia a sus compañeros, que continuaron tomándolo todo a burla, hasta que el rector cortó los estallidos de risa al decir que era testimonio presencial. Buscaron y encontraron el nombre del difunto en los registros parroquiales: tiempo atrás, fue su primer vicario.</p>	<p>[2] Mientras el vicario soñaba, le pareció oír un estrépito y cómo alguien iba y venía y abría los armarios de la sacristía. Al despertarse, vio que se abría la puerta y aparecía un cura de ojos pálidos y voz lúgubre y metálica, que repitió tres veces: “<i>Y a-t-il, ici, quelqu’un pour répondre ma messe?</i>”. Y sin recibir respuesta, se marchó a la sacristía, se apagaron los cirios y todo volvió a sumirse en el silencio. [5] El joven vicario pasó una segunda noche en la iglesia. Justo al sonar las doce campanadas, oyó cómo se abría la puerta y un cura vestido con ornamentos negros hacía lo mismo que durante la noche anterior. [8] A la tercera noche, vicario y rector contemplaron la visión. A la primera demanda del aparecido, el vicario se levantó y, arrodillándose ante el altar, se ofreció a servir la misa, que fue de difuntos. Al acabar, el cura confesó ser en aquella misma iglesia el vicario de hacía trescientos años. Encontrarían su nombre en los registros parroquiales. Había cobrado una misa no celebrada en vida y, como penitencia, volvía al altar ocho días seguidos por aquella época del año, hasta que alguien respondiese. El resto del tiempo lo pasaba en el Purgatorio, pero por fin se había cumplido la pena. También advirtió que el vicario moriría y se verían en la Gloria antes de acabar el año: “<i>qui répond la messe à un mort, le suit peu de temps après</i>”.</p>	<p>[3] Una vez desvanecida la visión, el joven vicario se preguntó si estaba soñando o no; pero concluyó que no soñaba y que la visión no había sido el resultado de la imaginación ni de alucinaciones causadas por el hambre. Convencido de la realidad de lo que había visto, decidió entrar en la sacristía para ver quién era, pero no había nadie más ni en la sacristía ni dentro de la iglesia. El vicario estaba sorprendido, no sabía explicarse lo que había sucedido. Sus reacciones contrastan claramente con la actitud incrédula del resto de sacerdotes de la parroquia de Plougasnou [→ 4, 7, 9]. [6] Ni en la primera ni en la segunda noche el joven vicario respondió a la demanda del cura tres veces reiterada.</p>

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
<p>8. “La légende du prêtre qui revient dire la messe a minuit. I” (La Vallée 1794: 37–39; 1796: 75–77; Sébillot 1895: 584; 1900: 49 s.; 1907: 176). En Lamballe.</p>	<p>[1] Caso real de un obrero de Lamballe que decía que se quedó dormido dentro de la iglesia y se despertó cuando sonó la campana de la una de la noche, que el autor del relato desacredita: “<i>Quelques dévotes la croient encore. On devine aisément comment a pu s’opérer ce prétendu prodige</i>”. Al reproducir esta versión, advierte Sébillot (1900: 50): “<i>J’ai supprimé les réflexions qui accompagnent et parfois coupent ce récit, écrit par un sceptique, qui le rapporte en disant que c’est une comédie organisée par les prêtres</i>”.</p>	<p>[2] El obrero se despertó y vio cómo salía de la sacristía un cura de descarnadas mejillas, con hábito sacerdotal y llevando un cirio en la mano: “<i>Au nom du Dieu vivant, dit-il, d’une voix sépulcrale, si quelqu’être respire dans cette église, qu’il s’approche et vienne m’aider au sacrifice</i>”. [4] Acabada la misa, dio las gracias al acólito por abrirle las puertas del Cielo, y confesó haber esperado durante 20 años cada noche a la misma hora intentando celebrar la misa en aquella iglesia. Dicho esto, la aparición se desvaneció.</p>	<p>[3] Ante la pregunta del cura difunto, el obrero, estupefacto y tembloroso, se levantó y avanzó dando a entender una respuesta afirmativa. [5] El narrador atribuye la visión al sueño o a la impostura, y conjetura que el obrero visionario debía ser “<i>un homme par état même peu instruit, imbu de préjugés, et dont l’âme timorée est en conséquence ouverte à toutes les illusions fantastiques</i>”.</p>
<p>9. “La messe du fantôme” (Sébillot 1880: 277–279, n° XLIII). Émile Frostin: en Matignon, 1861.</p>	<p>[1] Antes de la Gran Revolución, cuando Bretaña era un reino independiente, en una tarde lluviosa de marzo un cristiano se quedó dormido dentro de la iglesia de Saint-Sébastien. Ya despierto tras la última campanada de medianoche, contempló la visión de ultratumba.</p>	<p>[2] Una viva luz apareció. Los cirios se iluminaron solos. Un cura con ornamentos sacerdotales y cáliz en mano dijo en tres ocasiones, cada vez más bajo y triste: “<i>Est-il quelqu’un qui veuille répondre ma messe?</i>”. [4] Por una falta cometida hacía 10 años, cada noche volvía a la iglesia y repetía la pregunta tres veces. Al final, se desvanecieron él y las luces. La puerta del templo se abrió sola. El visionario salió.</p>	<p>[3] El visionario tuvo tres reacciones diferentes ante la pregunta del cura: la primera vez pensó que estaba soñando; la segunda, acertó al suponer que se trataba del alma en pena de un sacerdote; la tercera vez, se decidió a responder afirmativamente y ayudar de este modo a decir la misa, tal como sucedería al final del relato.</p>
<p>10. “La cathédrale” (Fouquet 1857: 106–111; cf. Sébillot 1907: 176 s.). En Vannes.</p>	<p>[1] En invierno, habiéndose dormido en la catedral de Vannes, un guantero se despertó de frío a medianoche y, pasmado de encontrarse allí, presencié la aparición. [4] Debido a las constantes alteraciones anímicas sufridas tras la visión, el guantero decidió explicarlo todo a su sacerdote y director espiritual. Este, después de enseñarle cómo conjurar al espíritu distinguiendo si era un error de los sentidos o si era cosa del demonio o de Dios, le animó a que volviese a la catedral a la misma hora para que resolviese el misterio y sobre todo para que tornase</p>	<p>[2] Un cura con una casulla negra que tenía una cruz blanca estaba preparado para la misa en un altar negro salpicado de blanco, con dos candelas ornadas con huesos en aspa y cabezas de muertos. [5] La segunda medianoche, justo al primer toque, se encendieron solos dos cirios, el altar se cubrió de negro y se acercó un esqueleto vestido con casulla de duelo. [7] Reconoció que su pecado (una misa encargada y no celebrada) había cerrado las puertas del Cielo a él y al difunto por quien debía decir la misa. Comenzó a celebrarla y, tras el</p>	<p>[3] Aunque el cura no había preguntado si había alguien para responder a la misa, el guantero se adelantó él mismo, postrándose de rodillas ante él, pero cayó desmayado de terror al observar que era un esqueleto de huesos sin carne con las cuencas vacías. Los trastornos que la primera visión provocó en el guantero se prolongaron en el tiempo. [6] En la segunda aparición, el guantero dialogó con el espíritu tomando la iniciativa y conjurándolo según la siguiente fórmula estereotipada: “<i>Si tu viens au nom de Satan, ... fuis de ce temple saint; mais si tu viens au nom du</i></p>

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
(10. <i>contin.</i>)	a estar sereno y en calma, tal como sucedería de hecho al final del relato.	“ <i>Requiescat in pace</i> ”, desapareció. Dos rastros de luz subían hacia el cielo.	<i>Dieu tout puissant, dis ... que veux-tu?</i> ”.
11. “Le gantier de la rue Baudrière” (Soland 1858; cf. Sébillot 1907: 176 s.; Augereau 2002: 34 s.). En Angers.	[1] Después de haber visitado a un moribundo, un guantero de la calle Baudrière se detuvo en la catedral para orar. Era tarde y estaba fatigado. Se durmió tan profundamente que ni notó el toque del ángelus ni el trágico de las llaves del sacristán al cerrar las puertas. Las campanadas de medianoche lo desvelaron. Tenía frío y estaba sorprendido de hallarse en tal lugar. Entonces contempló la visión. [4] Tras la visión, el guantero se volvió sombrío y taciturno. Era menos afable con su familia. Apenas dormía y, cuando lo hacía, tenía pesadillas. Acudió a su sacerdote y guía espiritual, que le comentó que debería distinguir si se trataba de un error de los sentidos o si era cosa del demonio o de Dios, y le animó a volver a la catedral a la misma hora para conjurar a la aparición [→6].	[2] A medianoche, el guantero vio la calavera del cura con una casulla negra que tenía una cruz blanca, preparado para la misa en un altar negro salpicado de blanco con dos palmatorias en forma de cabezas de muerto. [5] A la medianoche de la segunda aparición, el cura respondió cristianamente al conjuro del guantero y confesó su pecado (olvidarse de decir una misa en sufragio de un difunto) y su castigo (volver cada noche a aquel altar hasta que encontrase una alma caritativa que le respondiese a la misa). Bendijo al guantero por ser instrumento de la salvación de dos almas. Después, aparecido y visionario se arrodillaron al pie del altar, y comenzó la misa. El cura desapareció al pronunciar “ <i>Requiescat in pace</i> ”. Dos formas blancas y luminosas subían hacia el cielo.	[3] El guantero se desmayó aterrorizado al contemplar la macabra visión y darse cuenta de que el cura era un esqueleto. [6] Durante la segunda noche, el visionario se sentía fuerte en la fe, pero débil en la carne. Conjuro al espíritu de acuerdo con las instrucciones de su sacerdote y guía espiritual [→4]: “ <i>Si tu viens au nom de Satan, s’écrit le gantier d’une voix émue, retire-toi, fuis ce temple saint; mais si tu viens au nom de Dieu Tout-Puissant, dis! ... que veux-tu?</i> ”. Resuelto el caso y desvanecida esta última aparición, el guantero recobró la calma. Volvió a casa con una sonrisa en sus labios.
12. “Li messe di minute” (Hens 1895). En Vielsam.	[1] Versión valona en la que el narrador explica que, cincuenta años antes, muchos comerciantes ambulantes de la región de Ardenas viajaban a Alemania o Francia. Uno de estos, el viejo François, llegó al atardecer a un pueblo situado más allá de Colonia. En el hostal le informaron de había muchos confesores, pues por aquellas fechas caía la Pascua. Cuando François llegó a la iglesia, ya no confesaban. Se puso a rezar y, cansado por el viaje, se durmió. Al sonar las doce en el reloj, se despertó y dijo: “ <i>doze heure de l’nute, l’heure des dam’zelle et des riv’nant!</i> ”. Al día siguiente, lo explicaría todo al párroco [→3].	[2] De la sacristía salió un cura de pelo blanco y encendió los cirios del altar. Volvió a la sacristía y salió vestido para decir misa. Se acercó al altar y dijo tres veces: “ <i>Introibo ad altare Dei!</i> ”. Luego se arrodilló, rezó un poco y, finalmente, recogió el cáliz y las aceiteras, apagó los cirios y desapareció. [4] El párroco se encerró en la iglesia a la noche siguiente y respondió a la misa que oficiaba el difunto. Al terminar, este contó que hacía casi cien años que cada noche esperaba quien le ayudase a decir una misa que en vida había prometido celebrar a las doce de la noche en honor a un santo. Dio las gracias y desapareció.	[3] Cuando François vio que estaba solo en la iglesia a medianoche, no sabía qué hacer. Al día siguiente, cuando el párroco abrió la puerta del templo, encontró al visionario más muerto que vivo, y este le contó su aventura. [5] El párroco (que decidió pasar la noche siguiente en la iglesia para contemplar la aparición) no habría cumplido más de treinta años, pero tenía el pelo blanco al día siguiente de su experiencia de ultratumba.

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
13. “La messe du fantôme” (Sébillot 1881: 192–194). Scolastique Durand: en Plévenon, 1879.	[1] Una mujer se durmió en la noche de Todos los Santos en la iglesia de Plévenon y, al despertarse, se sorprendió de encontrarse allí, y contempló la prodigiosa visión a medianoche. [4] Al día siguiente, ella lo explicó todo a su párroco, que la instó a volver aquella misma noche con su hijo de menos de 10 años, a quien recomendó pedir el Cielo como premio, tal como se cumpliría al final con trágica ironía [→5].	[2] Los cirios se encendieron solos a medianoche. El cura, vestido para decir misa, preguntó tres veces: “ <i>Y a-t-il quelqu’un qui veuille ré-pondre ma messe?</i> ” y, a falta de respuesta, se retiró. Entonces los cirios se apagaron solos. [6] Al muchacho que le había servido en la misa a la medianoche siguiente, le confesó que hacía 25 años que se aparecía cada noche vestido y preparado para el oficio divino.	[3] En la primera noche la mujer, temerosa, no respondió a la pregunta tres veces reiterada. [5] En la noche siguiente, la mujer volvió con su hijo, que sirvió la misa. Después, cuando el muchacho pidió el Cielo como recompensa, el aparecido respondió que en tres días estaría allí [→4].
14. “La légende du prêtre qui revient dire la messe à minuit. VII” (Filippi 1907). En Córcega.	[1] Entre la medianoche y la una de la madrugada, una vieja oyó las campanadas de la primera misa, que generalmente sonaban a las cinco. Ella fue y encontró abierta la puerta de la iglesia. Durante dos noches se repitió esta escena. [3] A la tercera noche, la vieja fue acompañada de su nieto, de trece o catorce años. Después de aquella ocasión, la vieja y su nieto todavía volvieron durante siete noches consecutivas a la misa de ultratumba [→4, 5].	[2] Las dos primeras noches salió de la sacristía un cura preparado para la misa. Pidió si había alguien que sirviese la misa y, sin encontrar respuesta, se marchó. [5] A partir de la tercera noche, y durante siete noches más, celebró la misa con la ayuda del nieto que acompañaba a la vieja, y la última noche confesó estar en el Purgatorio por misas pagadas y no celebradas. Premió el favor de los visionarios revelándoles dónde había escondido 30.000 francos de oro.	[4] Las dos primeras noches la mujer no respondió al cura y, a la tercera, volvió con su nieto para que él sirviese la misa. Este sospechaba que el oficiante era un difunto, pues no tenía nariz ni ojos, sino agujeros en su lugar, pero su abuela lo negaba diciendo que estaría enfermo, que era un buen cura y que no tuviese miedo. Pasado todo y descubierta la verdad, el niño confesó no tener más miedo, porque el difunto ya estaba en el Cielo y no volvería nunca más.
15. “La messe d’une heure” (Sauvage 1869: 109–111, n° XXI). En Mortain.	[1] Durante tres noches, a la una de la madrugada, Jacques F. oyó cómo sonaba la campana de la misa en la iglesia de Mortain y, aunque todavía era muy temprano y todo estaba en silencio, decidió asistir a la celebración del oficio divino. [3] Pasada aquella primera noche, Jacques explicó lo sucedido a su esposa. Al día siguiente y al otro, al volver a sonar la campana, Jacques dudó si ir a la iglesia o no, pero al final se decidió a cumplir la voluntad del difunto.	[2] Las puertas se abrieron solas. Brillaban en el altar las candelas. Apareció el cura y preguntó a Jacques si sabía servir la misa, que celebraron entonces. A la una de la madrugada el espectro se despidió: “ <i>A demain! ... à demain!</i> ”. Las luces se iban apagando poco a poco y las puertas se cerraron solas. [5] Al acabar la misa de la tercera noche, los ornamentos sacerdotales cayeron a los pies del cura y, volviéndose vaporosa su figura, se disipó sobre el altar y subió hacia el cielo mientras decía: “ <i>Merci! Merci! – Je suis sauvé</i> ”.	[4] Jacques se ofreció en seguida a servir la misa y lo hizo con toda normalidad. Después de una corta oración mental, se dispuso a salir de la iglesia.

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
<p>16. “La messe des âmes” (Le Braz 1923: 64–67, n° LXXXIII). Charles Corre (también llamado Charles Bipi): en Penvénan, 1885.</p>	<p>[1] Todo sucedió a medianoche en una víspera del día de Navidad en que había nevado. Chatton, el abuelo del narrador, escuchó cómo sonaban las campanas (primero las de la medianoche, y después las de la misa) en la vieja capilla en ruinas de Saint-Christophe, situada junto al río Trieux, cerca de Paimpol. La capilla parecía como nueva, hasta tal punto que Chatton pensó que la habían restaurado. Desde fuera veía que las candelas estaban encendidas. Se decidió a entrar. [4] Después de la visión, al llegar a casa, dijo a su esposa que ya había recibido el viático, pero que se consolase, porque él iría a la Gloria. Efectivamente, murió al cabo de quince días.</p>	<p>[2] Cuando Chatton entró, había mucha gente en completo recogimiento y apareció, acompañado de un acólito, un cura de ojos extrañamente brillantes que repitió tres veces: “<i>Y a-t-il quelqu’un qui puisse recevoir?</i>”. Como nadie se levantaba para comulgar, Chatton lo hizo finalmente. El cura le confesó que, 300 años antes, en una noche nevada de Navidad, había rehusado llevar el viático a un moribundo. Dijo que habría cumplido su condena cuando un vivo comulgase de su mano, y que él y los demás asistentes difuntos irían a la Gloria, donde Chatton los encontraría próximamente. Los cirios se apagaron de repente y Chatton se encontró solo en una capilla en ruinas y sin techo.</p>	<p>[3] Extremadamente atento en muchos detalles de la misa, Chatton parecía no darse cuenta de que estaba rodeado de espectros. Da la impresión de que la actitud de Chatton ante el cura y los asistentes a la misa era exactamente la misma que hubiese tenido si se encontrase en una celebración normal de cristianos no difuntos. Por ejemplo, se quedó extrañado e indignado de que, a la hora de comulgar, no se haya levantado ninguno de los asistentes, y por eso al final decidió levantarse él mismo. De hecho, como ya hemos notado [→ 1], algo semejante le sucedió al contemplar cómo la capilla estaba iluminada y en perfecto estado: Chatton supuso simplemente que estarían celebrando el oficio divino en un antiguo templo restaurado.</p>
<p>17. [Sin título] (Vitet 1833: 309 s.; cf. Shoberl 1841: 253; Bosquet 1845: 273 s.; Sébillot 1907: 175)</p>	<p>[1] Una noche después de una terrible tempestad, el sacristán de la iglesia de Notre-Dames-Grèves (situada en el barrio marítimo de Le Pollet de la ciudad de Dieppe) oyó la campana que anunciaba la misa. Pensándose que se había dormido y que ya era de día, fue corriendo a la iglesia. [5] La versión relatada por Bosquet (1845) presenta algunas variantes interesantes: cuando el sacristán entró dentro de la iglesia no solamente vio al cura sino también un gran número de gente que oraban en silencio, y observó con terror que algunos de los asistentes eran conocidos suyos ya muertos.</p>	<p>[2] La puerta de la iglesia estaba abierta. Al pie del altar, el cura dijo al sacristán: “<i>Sers-moi la messe</i>”. [4] Al acercar el cáliz a los labios, el cura lanzó un grito y cayó al suelo su casulla descubriendo su esqueleto. Entonces se identificó ante el sacristán: era Regnaud, que naufragó un lunes de Pascua en la roca de Ailly. En vida había prometido un voto que no cumplió – una misa en honor de Notre-Dame –. Ya difunto, intentaba incluso decir él mismo la misa, pero cuando iba a comulgar sentía todo el infierno pasar por su garganta. Pidió al sacristán que dijese a su hijo que nunca olvidase un voto prometido a Notre-Dame. La versión de Bosquet (1845) presenta algunas variantes [→ 5].</p>	<p>[3] Ante la orden del cura difunto [→ 2], el sacristán cogió las vinajeras temblando. La versión de Bosquet (1845) presenta algunas variantes [→ 5].</p>

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
18. “La légende du prêtre qui revient dire sa messe à minuit” (Dauzat 1899; cf. Sébillot 1907: 177 s.). En Auvernia.	[1] Un hombre de Féroussat vio al atardecer una luz en la iglesia de Lamontgie. Se acercó, miró por la ventana y reconoció a un cura muerto poco antes. [4] Volvió la noche siguiente y, al darse cuenta de que el difunto buscaba quien le sirviese la misa, antes del alba fue a despertar a un niño del coro y le dijo que el sacerdote tenía necesidad de decir misa en aquel mismo momento, porque tenía que marchar muy temprano. Y el niño fue sin ningún recelo.	[2] Desde la ventana se veía el altar con cirios y un viejo cura preparado para la misa, que se giraba hacia la nave buscando a alguien. [5] La noche siguiente se repitió inicialmente la misma escena y, después, se produjo la tercera visión antes de comenzar el nuevo día [→4]: el hombre de Féroussat convenció a un niño del coro que ayudó a decir la misa. Una vez acabada esta, el cura desapareció y se apagaron los cirios. Después de aquella aparición, no hubo ninguna otra.	[3] Si el hombre había sentido terror de lo que veía por la ventana, cuando todo se desvaneció comenzó a picarle la curiosidad. [6] La noche siguiente dedujo que el cura buscaba un acólito. Por eso, gracias a una estratagema, y antes de acabar la noche, envió a la iglesia (mientras él vigilaba desde fuera) a un niño del coro que, aunque al principio no se fijó en la horrible fisonomía del cura, al final se dio cuenta de que era un difunto y lanzó un grito. El hombre lo tranquilizó.
19. “La messe du revenant” (Fleury 1883: 97–105)	[1] Un joven pasaba al atardecer al lado de una capilla ubicada en Gréville, entonces abandonada, pero consagrada en otro tiempo a san Nasé o Naser. Le sorprendió verla iluminada, entró y después contempló una extraña visión. [4] Al día siguiente, el joven volvió a la capilla y no quedaba ni rastro de lo que había sucedido.	[3] Ardían dos candelas a ambos lados del altar, y un cura con casulla estaba preparado para la misa, que respondió el viajero, a quien confesó que hacía muchos meses que estaba esperando quien le ayudase a decir una misa cobrada y no celebrada en vida. Dio las gracias al viajero, porque ya podía comparecer ante Dios. Desapareció, y las candelas se apagaron.	[2] El joven al principio sintió miedo porque había estado en una casa en la que se explicaban historias de terror por las noches, pero, como no dudaba de que en aquella ocasión se trataba de una cosa del otro mundo, al final la curiosidad pudo más, entró en la capilla y se decidió a servir a la misa.
20. “La messe du revenant” (Fréchet 1898: 168–172; 1976: 57–62). En Breñaña.	[1] El caso comenzó el día de Todos los Santos, ya en las vísperas del día de los Difuntos, en la capilla de Béthléem, a media hora de camino de Pellerin (pequeña localidad situada en la ribera izquierda del Loira), a cinco leguas de Nantes. Una mujer de Pellerin había llamado a un cochero para que la llevara a Nantes. Pasaron por la capilla justo a medianoche y – cosa sorprendente – estaba iluminada, pero la luz se desvaneció en un segundo y la capilla volvió a sumirse en las tinieblas. [4] El cochero contó el caso a su párroco, que le enseñó a responder al espíritu y también le recomendó volver al mismo lugar al cabo de un año, en la misma fecha y hora.	[3] El cochero vio por los cristales a un cura con casulla y cabeza de muerto que dijo tres veces: “ <i>Introibo ad altare Dei!</i> ”. Nadie respondía, y acabó desvaneciéndose. [5] Al año siguiente, una vez acabada la misa, el difunto ya no tenía la cabeza de muerto, fiera y deformada, sino una figura vagamente luminosa con una sonrisa inefable que acabó desvaneciéndose. Explicó que cada noche de Todos los Santos estaba condenado a celebrar una misa que había negligido en vida, hasta que algún vivo le ayudase a decirlo, como había sucedido gracias al cochero, a quien prometió la bendición para él y para su familia hasta la séptima generación.	[2] Al ver la capilla iluminada, la mujer preguntó al cochero si tenía miedo, y él respondió que no, pero al mirar por los cristales y ver al cura difunto, volvió precipitadamente hacia el coche diciendo: “ <i>Sauvons-nous!</i> ”. En cambio, al año siguiente, el visionario tendría una actitud más resuelta y decidida: entró en la capilla y respondió a la misa.

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
21. [Sin título] (Bosquet 1845: 269 s.).	[1] Dos viajeros vieron la iglesia de Saint-Martin-des-Champs iluminada a medianoche, camino de Falaise a Condé-sur-Noireau, y entraron dentro. [4] Fueron a ver al párroco para informarle; y este avisó al sacristán, Méroure, que estaba indignado al suponer que habían entrado sin su permiso. Otra noche, la gente acompañó al sacristán, pero solo él se atrevió a entrar dentro de la iglesia.	[2] La primera noche los dos viajeros vieron que un cura estaba de rodillas delante del altar, repitiendo sin parar: “ <i>Dominus vobiscum</i> ”. [6] Otra noche, gracias a Méroure, el difunto dijo una misa pendiente que había prometido en vida. Cumplida la penitencia, añadió que ya podía entrar en la Gloria.	[3] Al entrar en la iglesia, los viajeros se mostraron prudentes para no delatar su presencia delante del espectro. [5] En la segunda noche, contrasta la valentía del sacristán con la covardía de la gente que no entró a la iglesia. Méroure sí que entró, y pronunció mecánicamente las respuestas de la misa.
22. “La chapelle de l’Arbucneau” (Lemoine 1892: 77–80; cf. Colson 1909 : 18 s.). En Macon. Con variantes también en Chapelle-aux-Rats y Montigny-sur-Sambre.	[1] La capilla de Notre-Dame de l’Arbucneau está situada en una llanura que se extiende entre Chimay, Saint-Remy, Rocheries y Salles. Allí quería hacer sus devociones un arriero de Macon, a la víspera de su salida anual, cuya fecha solía ser la de Todos los Santos, pero se retrasó y solamente pudo llegar cuando las campanas tocaban a medianoche.	[2] El arriero quería arrodillarse ante la puerta cuando esta se abrió tirada por una mano invisible. Se iluminaron dos candelas sobre el altar. Un cura vestido con los ornamentos sacerdotales llevaba un cáliz y los manteles para el oficio sagrado. Los dejó en el altar. Bajó de nuevo, se inclinó y dijo la fórmula “ <i>Introibo ad altare Dei</i> ”, sin encontrar respuesta.	[3] Cuando se le apareció el cura, el comerciante huyó corriendo en lugar de responder la misa. Sentía el sudor frío, las piernas medio muertas y el corazón palpitando. Al día siguiente, lo explicó todo y descubrió que, si hubiese respondido a la misa, habría salvado una ánima del Purgatorio.
23. “La messe de minuit” (Chaveau 1877c: 21–25; 1877a: 18–22; 1877b : 284–288; Fournier 1920: 49–52; Fréchette 1976: 56 s.; Nantel 1896: 28–34). Relato sucedido en L’Islet y atribuido al párroco de Beauport.	[1] Versión poética que forma parte de los “Souvenirs et légendes”, cuyo inicio se materializa en un prólogo en verso que, según palabras del autor, “ <i>suppose un campement de nos voyageurs dans les pays d’en haut ... et la nuit venue, ils trompent leur inquietude en écoutant les récits de deux anciens. La parole est au père François Laporte, en son jeune temps de la paroisse de Beauport</i> ” (Chaveau 1877c: 15). El relato sucedió en L’Islet. Su protagonista, tío del narrador, era alumno del seminario menor, y acabaría siendo sacerdote jesuita. Una noche volvía de una fiesta en casa de Thomas Glasson, cuando de repente sonó una campanada y, a la vuelta del camino, vio la iglesia iluminada y con las puertas abiertas. Él decidió entrar dentro.	[2] Quemaban sobre el altar seis grandes cirios. Sonaron las doce campanadas cuando el muchacho vio avanzar un cura con casulla de color violeta. Tenía la cabeza separada del cuerpo y una mirada gris y difusa. Abrió el misal y comenzó “ <i>Introibo ad altare Dei</i> ”, dirigiéndose al muchacho. Este sabía responder a la misa, pero huyó, aunque no pudo salir del templo. Los cirios se apagaron solos. [5] La segunda noche el cura sin cabeza entró lentamente e indicó al muchacho que avanzase dentro del coro. Este respondió a la misa. La iglesia parecía transformada en un momento de luz y esplendor. A diferencia de la noche anterior [→ 3], las estatuas divinas tenían un aire benigno y esperanzador. Sonaba el órgano, y los santos hablaban un bello	[3] Cuando el muchacho vio cómo quemaban los cirios, él se preparaba para lo peor y sentía que se le helaba la sangre. Una vez desvanecida la aparición, se irritó contra sí mismo por haber huído del cura difunto. Como la puerta principal estaba cerrada, tuvo que pasar la noche dentro de la iglesia. Los objetos y las imágenes sagradas le inspiraban poca confianza: “ <i>Dans telle obscurité, plus et plus on regarde, Plus on trouve partout de menaçants objets</i> ”. Entonces, se puso a orar: “ <i>Alors, près de la sainte table Mon oncle se plaça, tout tremblant, à genoux, Priant de tout son coeur pour lui-même et pour nous, Pour le prêtre sans tête, et pour les saintes âmes Du purgatoire, en masse, aussi pour ses parents</i> ”. [6] La segunda noche el muchacho

Número, título, bibliografía, informante, lugar y fecha	Antes y después de las apariciones	Penitencia y apariciones del cura	Reacciones de los visionarios ante las apariciones
(23. <i>contin.</i>)	[4] Al día siguiente, el muchacho fue a misa y dijo a su confesor todo lo que había visto. Si Dios lo había permitido, habría que prestar auxilio a aquel pobre cura difunto, pero debían ser cautos por si se trataba de una estratagema del Maligno. El muchacho fue llevado a la iglesia poco antes de medianoche, donde tuvo una visión que lo dejó en estado de delirio [→5, 6].	idioma que no era ni francés ni latín. Acabada la misa, el cura agradeció el favor, y aseguró que subiría a la Gloria y que Dios premiaría al muchacho. El pecado del cura había sido un comportamiento ligero y distraído en el altar, por lo que tuvo que esperar durante cincuenta años a alguien que le sirviese la misa.	también estaba solo, pero tenía menos miedo. Oyó las doce campanadas sin sobresaltarse demasiado. Y respondió en voz más alta a la misa. Acabada la misa y después de una breve conversación, el muchacho no supo bien cómo acabó la visión. El párroco lo encontró en medio del coro en un estado de éxtasis y de delirio que le duró varios días.
24. “La messe du revenant” (Abbé B. A. 1898). Antoine Auger: en Lotbinière, alrededor de 1884. Escuchó la historia de su abuelo, contemporáneo del sacristán protagonista.	[1] Una mañana el sacristán fue a la sacristía pasando por la iglesia de Saint-Louis de Lotbinière (entonces conocida como “La Ferme”), y vio llegar al cura, sin saber todavía que era un difunto. [3] Después de la segunda aparición, el sacristán explicó el suceso a su párroco, que lo animó a volver para responder a la misa.	[2] Con el cáliz y todo lo necesario para decir misa, el cura comenzó la celebración, diciendo: “ <i>In nomine Patris, etc. Introibo ad altare Dei</i> ”. Y sin encontrar respuesta, se desvaneció. Lo mismo sucedió al día siguiente, pero a la tercera noche el sacristán sí que respondió a la misa.	[4] Si en las dos primeras apariciones el sacristán tenía miedo y no osaba responder al difunto, sí que se atrevió en la tercera ocasión, una vez convencido (aunque no demasiado) por su párroco.

Este artículo aprovecha parte de los materiales que el autor reunió durante su estancia postdoctoral en el Institut National d’Histoire de l’Art, al cargo de un proyecto que tiene como tema central el estudio de relatos sobre apariciones de difuntos y su relación con el culto de las ánimas del Purgatorio. Este proyecto ha sido financiado a través del programa Beatriu de Pinós (BP-DGR 2009) en su modalidad A; cuenta con la tutela de la Dra. Marie Anne Polo de Beaulieu y se integra en el GAHOM (Groupe d’Anthropologie Historique de l’Occident Médiéval). Quisiéramos expresar nuestro agradecimiento a la Sra. Anne Stiernet, que desde el Musée de la vie wallonne nos ha suministrado la bibliografía relativa a los núm. 12 y 22 que figuran en la tabla de este artículo.

Bibliografía

Anonymous (L’abbé B. A.)

1898 La messe du revenant. *Bulletin des Recherches Historiques* 4/2: 51–52.

Augereau, Pierre-Louis

2002 Angers mystérieux. Grasse: Cheminements.

Bosquet, Amélie

1845 La Normandie romanesque et merveilleuse. Traditions, légendes et superstitions populaires de cette province. Paris: J. Techener.

Bourgeois, Charles.

1991 La messe du revenant / Mass of the Ghost. (Transcribed by Rev. Anselme Chiasson.) *Cape Breton’s Magazine* 57 (june): 67–68.

Cerny, Elvire de

1899 Légendes du pays de Plougasnou. VII: L’évêque changé en chien. *Revue des traditions populaires* 14/8–9): 497–503.

Charpentier, Ferdinand (L’abbé)

1900 Soirées vendéennes. Causeries – histoires – légendes. Lille/Paris: Société de Saint-Augustin, Desclée, De Brouwer.

Chaveau, Pierre-Joseph-Olivier

1877a Légendes canadiennes. (Conférence prononcée a l’Institut Canadien de Québec, le 17 janvier 1877 par l’hon. P.-J.-O. Chaveau, président honoraire de cette institution.) *Annuaire de l’Institut Canadien de Québec* 4: 5–33.

1877b Légendes canadiennes. *La Revue de Montréal* 1 (juin): [243]–253; 280–288; 337–345.

- 1877c Souvenirs et légendes. (Conférence prononcée a l'Institut Canadien de Québec, le 16 janvier 1877 par P.-J.-O. Chaveau.) Québec: Imprimerie A. Coté et C.
- Colson, Oscar**
1909 Les Revenants. II: La peineuse messe. *Wallonia. Archives wallones d'autrefois, de naguère et d'aujourd'hui* 17: 18–19.
- Dauzat, Albert**
1899 La légende du prêtre qui revient dire sa messe à minuit. V: En Auvergne. *Revue des traditions populaires* 14/2: 98–99.
- Dusillet, Auguste**
1860 Poésies. *Mémoires de l'Académie des sciences, belles-lettres et arts de Besançon* 56–65.
- Filippi, Julie**
1907 La légende du prêtre qui revient dire la messe à minuit. VII: En Corse. *Revue des traditions populaires* 22/1: 15–16.
- Fleury, Jean**
1883 Littérature orale de la Basse-Normandie (Hague et Val-de-Saire). Paris: Maisonneuve. (Les littératures populaires de toutes les nations, 11)
- Fouquet, Alfred**
1857 Légendes, contes et chansons populaires du Morbihan. Vannes: A. Cauderan.
- Fournier, Jules**
1920 Anthologie des poètes canadiens. (Composée par J. Fournier; mise au point et préf. par O. Asselin.) Montréal: Granger Frères.
- Fréchette, Louis Honoré**
1898 La messe du revenant. *Le Bulletin des recherches historiques* 4/6: 166–172.
1976 Contes. Tome 2: Masques et fantômes et les autres contes épars. (Préf. d'A. Boivin et de M. Lemire.) Montréal: Fides. (Collection du Nénuphar, 47)
- Hens, Joseph**
1895 Li messe di mi-nute. Wallon de Vieilsalm, *Li Mestré. Gazette di tos les wallons on 'nmè fait 'n' nouvelle tos les sem'dis* 1/17 (06.04.): 2–3.
- La Vallée, Joseph**
1792 Voyage dans les départemens de la France enrichi de tableaux géographiques et d'estampes par une société d'artistes et gens de lettres. Fasc. 6: Département des Côtes-du-Nord. Paris: Brion.
1796 Voyage dans les départemens de la France, enrichi de tableaux géographiques & d'estampes; par le cit. LAVAL-LÉE & BRION. Paris, chez Buisson, rue Hautefeuille. *L'esprit des journaux* 6 (novembre & décembre 1796): 68–95.
- Le Braz, Anatole**
1923 La légende de la mort chez les Bretons armoricains. (Annotée par G. Dottin.) Tome 2. Paris: Honoré Champion. [Éd. définitive, augm. de plusieurs récits et de notes nouvelles]
- Lemoine, Jules**
1892 Le folklore au pays wallon. (Illustrations de J. Heylemans.) Gand: I. Vanderpoorten. [2. éd.]
- Lucie de V.-H.**
1905 La légende du prêtre qui revient dire sa messe a minuit. V: A Saint-Lormel. *Revue des traditions populaires* 20/6: 262.
- Luzel, François-Marie**
1879 Veillées bretonnes, moeurs, chants, contes et récits populaires des Bretons-Armoricains. Morlaix: Impr. de Jules Mauger.
- Mahiques Climent, Joan**
2015 El relato folclórico del alma del cura y la misa no celebrada en vida. Versiones comparadas del dominio de *Oil* (II). *En preparaci3n*.
- Markale, Jean**
1995 Contes et légendes des pays celtés. Rennes: Éd. Ouest-France.
- Nantel, Antonin** (L'abbé)
1896 Les fleurs de la poésie canadienne. Montréal: C.-O. Beauchemin. [2e éd. augm. et précédée d'une préface]
- Pourrat, Henri**
1989 Contes et récits du Livradois. (Textes recueillis par Henri Pourrat, éd. établie par B. Bricout.) Paris: Maisonneuve et Larose.
- Sauvage, Hippolyte**
1869 Légendes normandes. Recueillies dans l'arrondissement de Mortain (Manche) par M. Hippolyte Sauvage. Angers: Impr. de P. Lachèse, Belleuvre et Dolbeau. [2e éd.]
- Sébillot, Paul**
1880 Contes populaires de la Haute-Bretagne. Paris: G. Charpentier.
1881 Littérature orale de la Haute-Bretagne. Paris: Maisonneuve et Larose. (Les littératures populaires de toutes les nations, 1)
1895 La légende du prêtre mort qui revient dire la messe a minuit. I. *Revue des traditions populaires* 10/11: 584–585.
1898 La légende du prêtre mort qui revient dire la messe a minuit. IV: Environs de Brest. *Revue des traditions populaires* 13/3: 179.
1900 Légendes locales de la Haute-Bretagne. Vol. 2: L'histoire et la légende. Nantes: Société des bibliophiles bretons et de l'histoire de Bretagne.
1901 La légende du prêtre qui revient dire la messe a minuit. VIII: En Vendée. *Revue des traditions populaires* 16/2–3): 90.
1907 The folk-lore de France. Tome 4: Le peuple et l'histoire, avec une table analytique et alphabétique. Paris: Librairie Orientale & Américaine.
- Shoberl, Frederic**
1841 Excursions in Normandy, Illustrative of the characters, manners, customs and traditions of the people; of the state of society in general; and of the history, arts, sciences, commerce, manufactures, antiquities, scenery, etc. of that interesting province of France. Vol. 1. London: Henry Colburn.
- Soland, Aimé de**
1858 Le gantier de la rue Baudrière. *Bulletin historique et monumental de l'Anjou* 5: 189–192.
- Sourdon, M.**
1834 Une legende. *Recueil de la Société Libre d'Agriculture, Sciences, Arts et Belles-Lettres du Département de l'Eure* 5: 465–473.
- Vitet, Ludovic**
1833 Histoire des anciennes villes de France. Recherches sur leurs origines, sur leurs monumens, sur le rôle qu'elles ont joué dans les annales de nos provinces. 1ère série, Haute-Normandie: Dieppe. Tome 2. Paris: Alexandre Mesnier.